

# Demandas de identidad

## Homo-Deus

Luis Beltrán Almería

Si hay un gran mito moderno ese es el de la identidad: todo lo importante, trascendente tiene que tener una identidad propia e intransferible: individual.

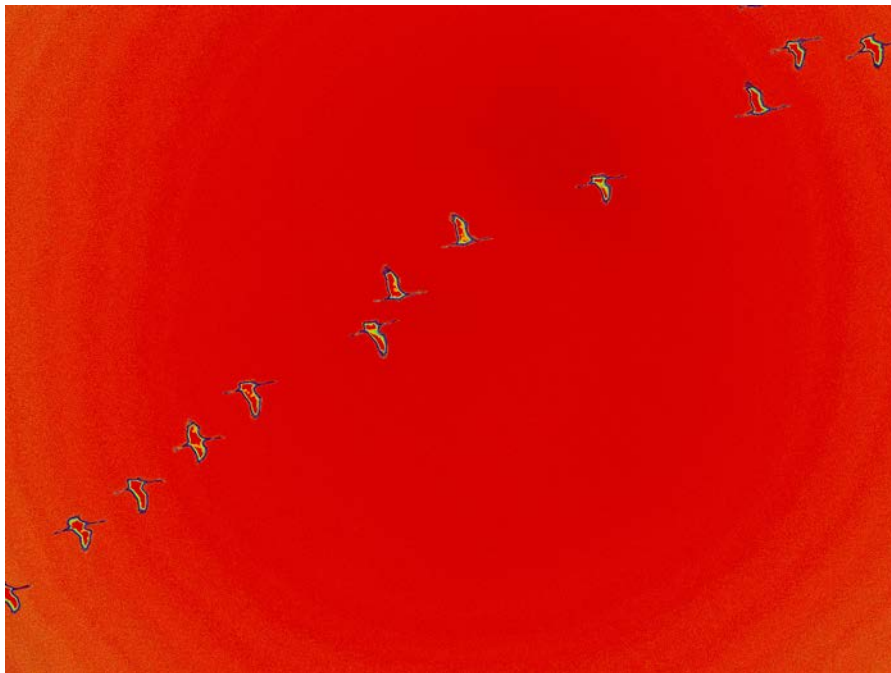


ILUSTRACIÓN: Cruzando fronteras. Eugenio Mateo.

Y lo más importante, para el mundo moderno, es el individuo. La nuestra es la sociedad de los individuos. El mito de la identidad es el sueño de una personalidad individual imperturbable. A ese sueño le llamaremos el sueño del *Homo-Deus*. Me explicaré. Una personalidad imperturbable, invariable y autosuficiente solo puede ser la de un dios. La naturaleza de lo humano, sobre todo en su dimensión individual, es precisamente lo contrario: insuficiente, variable y está sujeta a todo tipo de incidencias que la perturban. Lo natural humano es cambiar. Cambiar para mejorar, para crecer. La humanidad procede de un estadio animal y busca un estadio superior. Superior a lo humano no cabe pensar sino el estadio ilustrado, que es propio de seres inteligentes. Esa edad de la ilustración es la forma histórica del atributo de la omnisciencia divina.

La tendencia de la humanidad a equipararse con los dioses viene de lejos. Es el sueño de asaltar los cielos. Las mitologías están pobladas de seres mitad humanos, mitad divinos. Así son los héroes épicos, cuya genealogía se remonta a los dioses. Lo específico de la Modernidad es que no solo individuos aislados pueden tener ese status cuasidivino, sino que los individuos, todos, aspiran a asaltar el cielo. Esta ilusión moderna, este mito, plantea algunos de los grandes problemas del mundo moderno. Tales problemas derivan de que la pretensión de identidad es una ilusión, una falacia. Esa falacia es el producto de una confusión. Por un lado, es verdad que la humanidad moderna, la que se cobija bajo el manto de la cultura occidental, ha asumido el gobierno del mundo y se prepara para asumir el del universo. En otras palabras, ha sustituido a Dios en el

papel de gran regulador del Mundo. El hombre moderno ha llegado a la certeza de que no se puede dejar el mundo en manos de los dioses, porque el mundo va muy mal, y hay que intervenir. Se trata de intervenir para reconducir el cambio climático, la economía, la relación con la naturaleza y, sobre todo, las relaciones entre los humanos. Porque el principal enemigo de la humanidad es el género humano.

Pero volvamos a la cuestión de la identidad. El hombre moderno comete un error al verse a sí mismo como individuo. El ser humano es el yo y su entorno-biosfera. O, como decía Ortega, yo soy yo y mi circunstancia. Mejor lo explicó hace algunos siglos Aristóteles. En el libro primero de la *Política* dice eso tantas veces citado y tan mal comprendido de que el hombre es un animal social. Pero se suele olvidar algo más importante. El

hombre solo no puede darse porque, según el Estagirita, sería un animal o un dios. Son los dioses los que pueden llevar una existencia individual. No los humanos. Para conseguir una personalidad independiente, imperturbable, invariable hay que ser un dios o un animal. Vivir autónomamente. Esto es, en soledad.

La cuestión es, pues, la siguiente: si concebir la humanidad como un conglomerado de individuos es un error ¿por qué esta idea es, en nuestra época, absolutamente hegemónica? Un primer nivel de respuesta es el que da el pensamiento común y orgánico de nuestro tiempo. Viene a decir que la identidad individual es móvil: un proceso de cambio e innovación. Está sujeta a roles y normas que ponen límites a sus posibilidades de expansión. Supone una combinación de rasgos: uno es varón o mujer, casado o soltero, heterosexual u homosexual, etc. Conlleva también tensiones entre esos rasgos y con sus límites. Así piensan la gente de la calle, los profesionales de la identidad (psicólogos, psiquiatras, publicistas, etc.) y no pocos filósofos.

Esta idea moderna de la identidad tiene también sus críticos. A esa concepción individual suele oponerse una concepción colectiva, ya sea en clave territorial o en clave corporativa. En ambos casos esta concepción pone fronteras: nacionales, de clase, étnicas, de género... Poner fronteras, del tipo que sean, suele conllevar una forma de pensamiento: el dogmatismo. Las fronteras ideológicas son dogmas. Estas críticas, que no carecen de motivación, ofrecen el problema de que suelen derivar en actitudes ideológicas opresivas. Con la excusa de defender y proteger una identidad esclavizan a los que pretenden liberar.

Pero, en cualquiera de los dos casos, la concepción individual o la colectiva, habrá que entender qué ocurre con la identidad para que se haya convertido en un atributo vital en el mundo moderno. En mi opinión, la identidad es una cualidad di-

vina. Solo los dioses pueden decir “yo soy el que soy” y tener una existencia individual autosuficiente. Ocurre que los humanos modernos han ocupado el lugar que le correspondía a la divinidad en las etapas premodernas de la cultura occidental (y que sigue ocupando en las demás culturas). Al ocupar el lugar de los dioses en el gobierno del mundo y del universo los humanos pretendemos hacernos con sus atributos. Esto es el fenómeno que he llamado *hombre-dios*.

“ Poner fronteras, del tipo que sean, suele conllevar una forma de pensamiento: el dogmatismo. Las fronteras ideológicas son dogmas.

”

La formación del hombre-dios puede explicarse de varias formas y en distintos discursos. He escrito al principio de este artículo que la tendencia de los humanos a remontarse a los cielos viene de lejos. Desde el momento en que aparece la esfera de lo celestial en la Edad de los Metales (es decir, en la etapa final del mundo de las tradiciones) los humanos envidiaron a los inmortales y pretendieron mezclarse y convivir con ellos. Las religiones monoteístas inventan el Paraíso, ese lugar de encuentro con los inmortales. Esas religiones ofrecen a sus fieles una identidad: el sueño de convivir eternamente con la divinidad. Ese sueño tiene una materialización bien concreta: la casta sacerdotal se permite, gracias a esa noción y apelando al origen común, unir a las tribus y asumir el monopolio de hacer ver y hacer creer, de imponer prohibiciones y fronteras internas, de hacer y deshacer grupos, de construir un consenso que es sentido como unidad e identidad nacional. La identidad divina se traduce en unidad nacional. Así es en las sociedades premodernas. Pero ya no es así en la sociedad moderna.

Las castas sacerdotales son relegadas a un segundo plano y los dioses sustituidos por el mercado u otros fenómenos humanos. El papel organizador que, en un principio, jugó la religión lo juega ahora la política. Es la dinámica política la que se encarga de articular un proceso de unificación y regulación de sectores sociales y de corporaciones que permite aflorar la tendencia de las sociedades modernas a la igualdad (de oportunidades) y a la libertad (formal). Esa doble tendencia permite una autonomía de los individuos. Al tiempo que los libera de las divisiones estamentales y religiosas, los condena a diversas formas de aislamiento. Es lo que llamamos *individualismo*. Una de sus expresiones, si no es la más determinante, es el sueño de la identidad. Y ese sueño conlleva las patologías de la personalidad: desde las que suelen tratarse clínicamente a las más difundidas y comunes: el narcisismo y el egoísmo. Pero lo trascendente no son ni la falacia del sueño ni las patologías, sino que el sueño de la identidad es una de las expresiones del movimiento de la humanidad (o, al menos, de Occidente) de una unidad superior a la que permiten las naciones. Es la unidad del género humano, precisa para regir los destinos del planeta. De momento ese proceso de unificación ofrece la cultura occidental moderna como vehículo de comunicación; el individualismo, como etapa primera de la Modernidad; y esa identidad suprahumana en la que basa su pretensión de gobernar el mundo. Así es el proyecto moderno: un estadio de transición. El sueño moderno de la identidad inmutable tiene un precio: el choque entre civilizaciones, que establece un *limes*, una frontera entre el imperio occidental y los desposeídos.

Gómez de la Serna sobre Valle-Inclán: Todo conocimiento está en Dios, que no conoce el mal, y como Dios es el centro, aproximarnos a él debe ser la suprema ambición humana (2007, 126).

El hombre-dios exige el dios mortal.